

tra ánima como una avecita, con sola las alas de los afectos ardentísimos levantada, de tanta libertad goza, que todas las veces que quiere, se mueve á Dios, y ora con tanta atención como si le viese cara á cara, y algunas veces se levanta tanto, que parece estar fuera del cuerpo. Síguese: saliendo de ti serás llevado limpiamente al rayo de las divinas tinieblas.



CAPÍTULO XVI

DE LAS DIVINAS TINIEBLAS ADONDE ENTRA
EL ALMA QUE CAMINA POR LA VÍA AFECTIVA

AUNQUE la introducción de las divinas tinieblas en parte pertenece al raptó, ó por decirlo así, es cierta especie de raptó, por continuar la letra de San Dionisio, cuya inteligencia y conocimiento es sumamente necesario (como ya dijimos), me pareció tratar aquí de ella. Él decía á su discípulo: «Que desconocidamente se levantara á la unión de Aquel que es sobre toda substancia, á ejemplo de Moisés, que después de seis días le llamó Dios desde la niebla donde estaba, y le hizo entrar en ella». San Buenaventura dice que el ojo del contemplativo se puede de tal manera fijar en Dios, que á ninguna otra cosa mire ni se convierta; pero, con todo, no aprovechará tanto que pueda ver la claridad de esa misma luz; antes será elevado á una niebla obscurísima, la cual elevación y conocimiento se hace por elevación, ó remoción, ó apartamiento de todas las cosas (como dice

Dionisio), el cual, según queda dicho, llama docta ignorancia. No porque quepan ni puedan estar entre sí estas dos cosas ignorancia y docta según un mismo respecto, sino según diversos, porque se daría contradicción. El negocio es que en esta consurrección se quita todo conocimiento sensual é intelectual, á lo menos en acto de cualquiera cosa criada y criable, que pueda mover y retraer el entendimiento é impedir el afecto del ánima del actual conocimiento y amor de Dios. Y esta privación de este conocimiento intelectual y sensual se llama aquí ignorancia. Y dicese docta, porque el espíritu racional, cuando por el amor es arrebatado para las tinieblas divinas, quitando de Dios toda imperfección de criaturas, inefablemente conoce á Dios; y esto dijo Dionisio que era subir ignorantemente, como veremos adelante más á la larga. Débese, pues, notar lo primero, que el conocimiento experimental de Dios, que en esta consurrección, levantamiento ó raptó percibe el ánima, incluye en sí dos vías ó caminos de conocer á Dios, conviene á saber: de abnegación uno, y de excelencia otro; de abnegación, como cuando decimos: Dios no es esto, ni aquello; de excelencia ó eminencia, como cuando en la criatura consideramos potencia, sabiduría, clemencia, y atribuímos á Dios estas mismas cosas eminentemente, confesando en Él suma potencia, suma sapiencia, suma clemencia, etc. Pero hase de advertir en

estos dos caminos que el de la abnegación es imperfectísimo si no le juntamos el de excelencia. Para el primero de estos caminos pone San Dionisio un ejemplo admirable, aunque manual. «Como el escultor, dice, labrando una imagen de madera ó de piedra, va quitando todo lo que es imperfecto, y, sin añadir nada, descubre y manifiesta la secreta forma que desea sacar á luz, así pasa en el conocimiento que se alcanza por negaciones; que quitando de Dios todo lo imperfecto de las criaturas, venimos en el altísimo conocimiento de su majestad».

Nótese lo segundo, que aunque este conocimiento de criador se termina, y acaba en niebla y obscuridad, forzosamente se han de dejar primero otras tinieblas, que, como dijo San Juan (1), lo son todas las criaturas, en las cuales resplandece la luz divina. *Lux in tenebris lucet*. Que aun la naturaleza, humana y angélica de suyo, son tinieblas. Las cuales tinieblas de la criatura se definen así: *Caligo creaturae est cognitionis privatio, et amoris defectio*. Es privación de conocimiento y fallecimiento de amor; porque el ánima en el raptó es privada del conocimiento y amor de cualquiera cosa fuera de Dios, que verdaderamente está escondido, y su escondrijo rodea y cerca de tinieblas. Para que esto se haga, es necesario que nuestra mente desfallezca y cese de todo acto cognitivo de la inte-

(1) Joan., 1.

ligencia y de todo afecto de la voluntad acerca de las criaturas, y quedar en un grande silencio; y, lo que es más, debe morir á todo lo criado, para que viva solo el Creador, que, como dijo San Gregorio: «Ninguno puede llegarse á Aquel que sobre Sí es, si no es desfalleciendo en sí y de sí, ni podrá alcanzar lo que es más alto que él, si no sabe sacrificar y matar lo que es él.

Lo tercero, se ha de notar que en esta consurrección, ó raptó, se desampara lo primero toda operación sensitiva, como se ha visto en muchos, que llevándolos de una parte á otra no lo sienten, y aun apretándolos con cordeles están como muertos, en los cuales no falta la operación vegetativa. Desampárase lo segundo la intelectual, según todo ente, y no ente, criado y crible, como queda dicho en el capítulo pasado. Lo tercero se desampara la mente humana, no de manera que no quede esencialmente en sí, que entonces estaría y no estaría, sino es que deliremos con Almarico y otros herejes, los cuales afirmaban que la mente del contemplativo perdía su propio ser en propio género, y que volvía á aquel ser ideal que tuvo esencialmente en el arte divina, que, á mi ver, no era otra cosa que aniquilar el alma. Es, pues, desampararse el ánima á sí misma en estas tinieblas, permaneciendo esencialmente en su acto primero, suspender otro cualquiera acerca de sí misma, ó de otra cualquiera criatura, excepto Dios, al cual ardentísima y actualmente entonces ama.

Consideremos lo cuarto, que hay dos maneras de obscuridad y tinieblas en el contemplativo arrebatado: una inferior, que es el actual conocimiento de las criaturas, que por entonces cesa, como se ha dicho; otra superior y divina, á la cual entra el contemplativo en el raptó, que es ignorancia actual de Dios en cuanto á la visión objetiva, desnuda y abierta, y llámase niebla ú obscuridad divina, porque de ninguna manera se puede comprender del ánima del viador aquello que por algún rayo ó rayos de luz, ó, como dijo Job, por entre los dedos de Dios, se le muestra (1). Con todo, debe aspirar la vida de la espiritual inteligencia y el afecto de la voluntad á desear extenderse á aquello tal cual es, con extensiones y afectos unitivos. Pues muchas veces, las cosas que nunca vimos ni del todo conocimos, las deseamos, esperamos y suspiramos por ellas. Esta niebla divina se llama de afecto de comprensión de la Divina Majestad. No quiero decir por esto que los bienaventurados comprenden á Dios, el cual sólo se comprende á Sí totalmente; y aunque es verdad que se llaman comprensores, más propiamente se llamarían aprensores, porque aprenden á Dios desnuda, clara é inmediatamente, sin que queden en ellos algunas tinieblas ú obscuridad, como en los viadores, por muy arrebatados que estén en la contemplación; porque nuestra áni-

(1) Job, 36.

ma no tiene ojos dispuesto por lumbre de gloria para que pueda ver á Dios como objeto beatífico, y así llama San Dionisio indoctos y necios á los que dicen que ven á Dios como Él es viviendo en carne mortal. Y San Gregorio dice: «Que aunque el alma más y más se levante en la contemplación, nunca llegará á la vista de Dios clara y desnudamente». No hablo de aquel especial raptó de San Pablo, ni de la Reina soberana y otros privilegiados que, si vieron la divina Esencia, como algunos dicen, sin estas tinieblas, fué gracia y privilegio, y no ley ordinaria, aunque no sin lumbre de gloria; no permanentemente, como los bienaventurados, sino de paso. Y porque de esta materia, en su propio lugar diremos más copiosamente, nótese lo quinto: que, como las tinieblas sean privación de luz y de conocimiento, éstas, en las cuales se termina la mente del contemplativo por la vía de abnegación, no son pura negación; antes dejan después de sí excelentísimas afirmaciones, como las afirmaciones de Dios incluyen en sí altas negaciones, las cuales abnegaciones y afirmaciones no se consideran respecto de una misma cosa, sino de diversas; porque se niega de Dios todo lo que es imperfección en la criatura, que cuantoquier que sean perfectas, son imperfectas en su género. Y pónese por sobreexcelencia la afirmación de Dios respecto de la perfección que se halla en ellas. Y de aquí es que San Dionisio muchas veces, hablando de Dios, dice que no

es Ente, sino *sobre Ente*; ni Señor, sino *sobre Señor*; ni Bueno, sino *sobre Bueno*, etc. Y dice muy bien, porque Dios es excelentísima y suficientísima causa de todas las esencias y bondades. Y, según sentencia de San Agustín, todo el bien es Dios ó procede originalmente de Dios. De lo dicho queda claro, como cuando decimos: Dios no es bueno, sino sobre bueno, etc., de qué manera el conocimiento de Dios por abnegación incluye sobre eminente perfección. Que las negaciones, aunque parece que dicen poco, dicen mucho. Ejemplo, como cuando decimos: Dios no es alguna cosa sensible, sino sobre sensible; ni imaginable, ni inteligible, ni existente, sino sobre todas estas cosas. Que entonces nuestra ánima es arrebatada y llevada á la niebla dicha, y es más altamente levantada y entra más en lo profundo, porque se excede á sí misma y á todo lo creado. Por lo cual el espíritu enamorado vuela á las divinas tinieblas, removidas y negadas todas aquellas cosas que no se pueden sentir, ó imaginar, ó entender. Ejemplifica esto San Agustín, hablando *de bono*, diciendo (1): «Cuando oyes este ó aquel bien, quita este y aquel bien particulares y veras, si puedes, al mismo Bien, no por otro bien, sino por Sí mismo, y entonces verás á Dios, que es sumo

(1) Cum audis bonum hoc et bonum illud, tolle bonum hoc et bonum illud, et vide (si potes) ipsum bonum a nullo alio bonum et tunc videbis Deum.—Augustin.

Bien por esencia y sobre eminencia, y no por participación de otro algún bien». De la misma suerte se puede filosofar sobre la verdad, la hermosura, la entidad, y sobre otro cualquier atributo divino.

Pasa más adelante San Agustín con su discurso, y dice: «Experiencia tenemos de la bondad de algunas cosas, las cuales apetecemos, porque son provechosas para nosotros, ó deleitables, ó hermosas, ú honrosas. Experimentamos más: que estas cosas apetecibles son defectuosas en muchas cosas, y, dondequiera que buscamos refección, allí hallamos algún defecto molesto al apetito de la carne ó del espíritu.» Procedemos adelante, á investigar el bien, que sea perfecto, y en quien ninguna cosa de mal se halle ó se pueda hallar, ni de bien le falte, de manera que sea sumo bien, y colegimos con Anselmo que Dios es sumo Bien, mayor que el cual ninguna cosa se puede imaginar.

San Buenaventura prueba que Dios es Bien inmenso y perfectísimo, porque ninguna cosa se puede pensar fuera de Él ni mejor, ni más noble, ni más digna, y, por consiguiente, ni mayor. De donde concluye que lo tal es inmenso, y que la inmensidad incluye suma perfección, la cual en sólo Dios puede hallarse. Por lo cual dice Dionisio que las afirmaciones de Dios no son competentes ó suficientes á afirmar algo de Él; las negaciones son verdaderas; conviene á saber: las de aquellos nombres que quitan algo

de imperfección de Dios, como son éstos: inefable, inmenso, incomprendible, inescrutable, etc. En los cuales se quita la medida finita, que se halla en las criaturas creadas, como dice la *Sabiduría*, en número, peso y medida, así en la substancia según la cual existen, y en la virtud según la cual pueden, como también en la operación según la cual obran, las cuales cosas todas muestran imperfección; mas la substancia y esencia de Dios es inmensa é infinita, y la virtud y operación que de ella proceden también son inmensas; y esta inmensidad de Dios, según San Buenaventura, abraza cuatro cosas, conviene á saber: infinidad, si Dios se considera en Sí mismo; incomprendibilidad, cuanto al entendimiento creado; incircunscriptibilidad, cuanto al lugar; y eternidad, cuanto á la duración; de las cuales cosas largamente tratan los doctores en el primero de las *Sentencias*. Lo que yo humildemente pido al cristiano lector es que con humildad y cuidado lea este capítulo y el pasado, porque está en ellos la inteligencia verdadera de este camino del amor; y si de una vez no penetrare lo que en ellos se dice, léalos muchas veces, que lo mismo hice yo cuando los ordenaba. Y si esto no bastare, pida á Dios que le entre en estas tinieblas, donde, cesando toda obra del entendimiento y tocando el afecto, en breve tiempo se sabe más que en muchos días leyendo y especulando.

El Vercellense, sobre este lugar de San Dio-

nisio, dice que toda la filosofía humana no entendió este superintelectual y sobresubstancial modo de conocer á Dios, **ni** le alcanzó, porque no le buscó, ni pensó que **le** había, ni se persuadió que en el alma se **hallase** tal virtud, y este ojo que tanto ve y conoce, **y** que con tanta fuerza hiere á Dios; pero **hayle**, sin ninguna duda, y aventájase tanto al entendimiento, cuanto el entendimiento á la razón ó á la imaginación. Esto que aquí llamamos **afecto**, llaman algunos centella del sindéresis, que sola es unible al divino Espíritu, según que **se** escribe: *El que se allega á Dios un cuerpo se hace con Él* (1). ¿Cómo se puede uno allegar á Dios, que es espíritu, y hacerse espíritu con Él, **sino** con el espíritu; no entendiendo, sino **amando**, porque á sólo el amor le es concedido hacer estas transmutaciones y uniones? Esta divina operación es tan secreta, que, si no es quien **la** experimenta, ninguno la entiende. Al fin (como dice San Buenaventura), ninguna de las potencias aprensivas del alma es admitida á ver y gozar de esta altísima sabiduría, porque todas quedan á la falda y ladera del monte como canalla, y sólo Moisés, que es el espíritu puro, ó el afecto, sube á hablar cara á cara con Dios y recibir luz de su conversación. En la parte intelectual está la bienaventuranza, dispositiva y materialmente; pero en la afectiva en esta vida se gusta y se le

(1) Qui adhæret Deo unus corpus fit cum eo.—I. Cor., 6.

hace la salva, y en la otra se consume y recibe su perfección. Mas ¡ay! que muy poquitos entienden este lenguaje, y menos gozan de tanto bien, porque este modo de orar y contemplar todo es de la gracia de Nuestro Señor, aunque todavía ayuda la industria para que el hombre se aparte de todo aquello que no es Dios, y así se disponga para subir á Dios. Esta soberana unión se hace (como tengo dicho) sólo por amor, según que da testimonio el Apóstol diciendo á los de Efeso (1): *No hay entender la longitud, la latitud, alteza y profundidad de las obras de Dios, si no hay fundamento y raíces en la caridad*. Al fin, este conocimiento tan soberano es de Dios, como dice el mismo Apóstol. Pedidlo á Dios, que puede dar y hacer más de lo que pedimos ó entendemos. A lo menos, por revelación, confiesa haber alcanzado esta ciencia San Pablo (2). A nosotros nos lo reveló el Señor por su espíritu. El alma que de todo en todo se comete á Dios en esta unión, duerme con gran sosiego y vela juntamente, como dice la esposa (3). Duerme cuanto á todos los sentidos y potencias, las cuales guardan estrecho silencio, y

(1) In charitate radicati et fundati, ut possitis comprehendere cum omnibus sanctis, quæ sit longitudo, latitudo sublimitas et profundum.—Ephes., 5.

(2) Ei autem, qui potens est facere supra quam petimus, aut intelligimus. Nobis autem revelavit Deus per spiritum suum.—I. Cor., 2.

(3) Ego dormio, et cor meum vigilat.—Cant., 5.

sola la afectiva vela y está ojo alerta; y en este enajenamiento de todos los sentidos, que propiamente se llama éxtasis, oye el hombre cosas que no le es lícito ni puede decirlas, porque todo está en el afecto; quiero decir, que no discurre ni raciocina, sino ama. La razón da San Buenaventura, y es ésta: «No se puede (dice él) exprimir ni declarar sino lo que se concibe en el entendimiento, porque las voces son señales de los conceptos, no puede concebirse sino lo que se entiende; luego, lo que sobrepuja al entendimiento, no podrá declararse con palabras». Cuanto más que, como dijo Santa Brígida, *de lo bueno de la oración nunca fué buen intérprete la lengua*. Y aun de eso se quejaba Jeremías cuando le mandaba Dios ir á predicar cosas tan grandes siendo niño y que apenas sabía el *a, b, c*.

Débase notar, por remate de este capítulo, que el amor extático unitivo, de que íbamos hablando, tiene cuatro condiciones: la primera es, que nos aparta de todo afecto adulterino, esto es, de todas las criaturas, por el afecto único del Esposo. Y así dice el alma; yo para Dios, y Dios para mí, y no hay más mundo (1). La segunda, que nos acarrea y trae sueño suavísimo, porque quieta y pacifica todos nuestros sentidos y potencias interiores y exteriores. De este sueño parece que hablaba el Profeta cuando di-

(1) Dilectus meus mihi et ego illi.—*Cantic.*, 2.

jo (1): «Luego que Dios da este sueño al alma, la da juntamente gusto y sentimiento de heredad suya soberana. A lo menos, por el tiempo que dura este silencio en el cielo de nuestra alma, que es por media hora, está ella como en la gloria. La tercera, que nos levanta á lo alto por deseos anagógicos y celestiales. Así lo dijo San Agustín: «Con vuestro don somos encendidos y llevados á lo alto» (2). La cuarta, que mata en nosotros todos los impedimentos carnales, porque escrito está: *No me verá el hombre y vivirá*. No se puede ver Dios con este ojo derecho, y vivir en el alma cosa que no sea Dios; porque, como ya hemos visto en el Sabio, el amor es comparado á la muerte, porque verdaderamente lo es de todas las cosas que no son Dios. En este tan feliz estado, la virtud de nuestra ánima se recoge en uno, porque uno sólo vive en ella, y, unida á este uno, entra en su íntimo ó sube á su sumo, que, según sentencia de San Agustín, son una misma cosa en ella; y, aquí puesta, dice el Esposo (3): *No me despierte nadie á mi querida: duerma y repose cuanto ella quisiere*, que hartas vigiliás le ha costado el sueño, y á quien está

(1) Cum dederit dilectis suis somnum, ecce hæreditas Domini.—Ps. 126.

(2) *Dono tuo accendimur, et sursum ferimur.*

(3) *Adjuro vos filiæ Jerusalem per capreas, cervosque camporum, ne suscitatis, neque vigilare faciatis dilectam, donec ipsa velit.*—*Cantic.*, 2.

tan enferma de amores le es muy saludable el dormir. Pero nótese aquí la fidelidad del Esposo, que estima en tanto la quietud y tranquilidad de una alma, que conjura á todas las criaturas racionales é intelectuales, entendidas por las cabras monteses y por los ciervos de los campos, que no la inquieten ni la den molestia. Y hace esta conjuración de montero y hombre de caza, porque cada uno habla según que tiene la afición; si es marinero, en navíos, tormentas, bonanzas, etc. Si soldado, en armas, enemigos, fuertes, etc. Si es cazador, en perros, halcones, liebres, etc. Y como en los *Cantares* sigue el Esposo estilo pastoril y de montero, conjura á los hombres, á los ángeles y á los demonios por las cabras monteses y ciervos, cosa á que Él está tan aficionado, que no le impidan el dormir á su esposa, ni le perturben su sueño. Para este sueño es necesario (como vimos de San Dionisio) levantarse el alma sobre todas las cosas sensibles y operaciones intelectuales, y pasar las angélicas inteligencias, y, finalmente, dejar atrás lo que es y lo que no es; porque nunca halló la esposa á su Esposo para perpetuamente gozarle y poseerle, hasta haber hecho toda esta diligencia. En pasando un poquito más adelante de las criaturas visibles é invisibles, que son y que no son (que no son como las temporales, que así las llama San Dionisio por su continua variación y mudanza), hallé al que mi ánima tanto ama: téngole, y no le sol-

taré (1). Mas ¿dónde le halló? Dice este gran contemplativo que *entró en el rayo de las divinas tinieblas, porque allí tiene su habitación y morada*. Llama á la inteligencia divina tiniebla por su incomprendibilidad; rayo ó radiosa, porque, mirando en ella nuestra ánima, es altamente ilustrada. Añade aún más: que para entrar en esta tiniebla no hemos de tener ojos, conviene á saber: aquellos cuyo mirar destierra el Esposo y le hace huir. *Averte oculos tuos a me, quia ipsi avolare fecerunt*. Que, aunque conforme á esta traslación, estas son palabras de corazón muy enamorado, como queda dicho al principio, consultada la hebreá, tienen un elegantísimo sentido á nuestro propósito. Porque dice de esta manera: *Averte oculos tuos, ne me recte intueantur, quia me superbiorem faciunt*. Aparta tus ojos de mí, no me mires de hito en hito, que me provocas á enojo é indignación. Toda la escritura nos enseña que las cosas divinas y sobrenaturales han de ser de nosotros adoradas y creídas, y no curiosa y atrevidamente investigadas; porque lo uno por su alteza y majestad, lo otro por ternura y flaqueza de nuestros ojos intelectuales, que son (como dice el Filósofo) respecto de estas cosas como los de la lechuga respecto de la luz solar, en la contemplación de ellas facilísimamente seremos ofuscados y ciegos, é incurriré-

(1) Paululum cum pertransiem eos, inveni quem diligit anima mea.—*Cant.*, 3.

mos en aquella rigurosa pena que se intima á los atrevidos y curiosos escudriñadores de las cosas de Dios, que es ser oprimidos de la gloria de ellas y de la majestad del Señor, que las hizo (1).

(1) Prov. 25.



CAPÍTULO XVII

DE DOS MANERAS DE CONOCIMIENTO,
UNO DE VIADORES Y OTRO DE COMPENSORES

PARA mayor inteligencia de esta nuestra razón, se debe notar que hay dos maneras de conocer á Dios: una por espejo y enigma; otra cara á cara y como Él es, y la una y la otra tienen sus tiempos oportunos. Porque la una es de viadores y caminantes, la otra de comprensores; la primera se alcanza en el destierro, la segunda se goza en la patria. Conocimiento por espejo es aquel que se tiene del Esposo por las criaturas. Porque su composición, armonía, orden, hermosura y grandeza, en cierta manera ofrecen á nuestros ojos intelectuales unas como especies de las cosas divinas, de la manera que el espejo, cuando yo me miro en él, me ofrece y representa mi rostro y figura. Esto es lo que dijo San Pablo: *Invisibilia Dei a creatura mundi per ea, quæ facta sunt, intellecta conspiciuntur, semperpiterna quoque ejus virtus et divinitas*. Conocimiento enigmático se llama el que tenemos por la fe,

porque nos propone las cosas divinas, no descubiertas, sino con alguna obscuridad, aunque con infalible certidumbre, el cual modo de ver llamó el Apóstol enigmático. Y por cierto con grande propiedad, porque enigma es una ciencia oscura y dificultosa, cuyo sentido verdadero con dificultad se puede sacar, como fué aquella sentencia de Sansón: *Del que comió salió el manjar, y del fuerte la dulzura*. Y la del hielo, que dice: *Mi madre me engendró á mí, y yo le engendré á él*. Y el Profeta: *Nació hombre en ella, y él mismo la fundó*.

Este conocer al Esposo celestial por espejo y por enigmas, no es el conocimiento derecho, sino transversal y con algunas tinieblas, y es propio de los que vivimos desterrados en este valle de lágrimas. El que tienen los bienaventurados en el Cielo es derecho y claro; ven á Dios cara á cara, y conocen sus misterios al descubierto; tienen los ojos fijos y sin pestañear en aquel Sol divino, sin recibir daño en la vista. Por palabras bien claras lo dijo San Juan (1): *Cuando nuestro reformador Cristo apareciere en silla de majestad en la común resurrección de los muertos, seremos semejantes á Él*, claros, ligeros, sutiles é impasibles; seremos semejantes á Dios; seremos como el hierro que, entrando en la fragua, se hace ascua; hierro es

(1) Scimus quod cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est.—I Joan., 3.

en cuanto á la substancia, pero las calidades y accidentes de fuego son: así, los que reinan con Cristo, aunque cuanto á la substancia no se mudan, múdanse cuanto á las calidades, están hechos ascuas encendidísimas, y, siendo hombres, parecen dioses; porque, como dice la divina Escritura, resplandecerán como el Sol, lo cual todo les viene de ver á Dios en su esencia. Por eso dice nuestro San Juan: seremos semejantes á Cristo, porque *veremos á Dios como es*; verémosle perfectamente, verémosle cara á cara, verémosle en Sí mismo.

El Apóstol decía, diferenciando el ver de acá y el de la patria. *Nunc cognosco ex parte, tunc cognoscam sicut et cognitus sum*. Quiere decir: Dios me conoce por su esencia, y yo le tengo de ver y conocer por esa misma esencia: veré la esencia por la esencia. Aquel *sicut* de San Pablo y el *sicuti* de San Juan no significan igualdad, de manera que haya yo de conocer también á Dios, como Dios á mí, sino unidad de medio; quiero decir: que será el mismo medio, esto es, la misma esencia de Dios, por la cual nosotros le conoceremos á Él y Él á Sí mismo. Mas, ver á Dios como Él es, será verle inmediatamente conjunto á nuestro entendimiento, porque las cosas corporales que se ven con los ojos del cuerpo no pueden estar para verse inmediatas á la vista, sino por especies ó imágenes; es decir, que ha de haber medio; pero Dios se junta sin medio al entendimiento beato, y así le

veremos en Sí mismo y no más en las criaturas. Bien veo yo ahora la luz, pero en el aire y en los colores, no en sí misma; de esta manera vemos á Dios en el destierro, no en Sí, sino en sus obras y efectos; más allá lo veremos como es; allí se apagarán los deseos de los Santos que siempre suspiraban y clamaban por esta vista bienaventurada. Muéstranos al Padre, decían los Apóstoles, y bástanos; y Moisés: Mostradme, Señor, vuestra gloria; y el Profeta: Veamos vuestro rostro, y salvarnos hemos. Dice, pues, el Esposo á su esposa: No me quieras mirar estando aún en carne mortal, como los que reinan conmigo en mi gloria, que me enojaré y me iré de contigo: conténtate con el conocimiento que puedes alcanzar por las criaturas, que son como espejos que me representan y dan á conocer, y por el que te enseña la fe, que es conocimiento humilde: que si me miras derechamente, esto es, si con curiosidad y atrevimiento loco quieres saber y ver más de lo que al estado presente se concede, luego volaré y me ausentaré de ti. Es muy peligroso mirar el del ojo izquierdo, porque no sólo no hiere á Dios, ni le encanta ó roba el corazón en nuestro provecho; antes nos le destierra y remonta lleno de indignación y enojo. Por eso dijo San Dionisio que hemos de tener la mente sin ojos. Porque el alma no puede mirar con estos intelectuales la divina esencia, que excede á todo entendimiento, y así se los ha de sacar el que quiere entrar á gozar de su altísima sabidu-

ría, porque no entrará donde ella está la inteligencia, sino el afecto, que es el ojo que lastima y hiere á Dios. Lo cual Él confiesa cuando dice: «Heriste mi corazón, hermana mía, esposa, en uno de tus ojos y en uno de tus cabellos».

San Buenaventura confirma lo hasta aquí dicho, el cual sobre este lugar dice: «Este ojo es el afecto que penetra hasta lo profundo y secreto de Dios, y el cabello es la elevación de las mentales consideraciones» (1). Yo para mí tengo que no habla aquí el Espíritu Santo de un ojo ni de un cabello, sino del uno de los ojos y del uno de los cabellos. Esto es, que los ojos miren á una, y los cabellos no anden repartidos. Y si por los ojos entendemos los afectos, y por los cabellos los pensamientos, aquél herirá y atará á Dios que no amare sino á uno, ni pensare sino en uno; quiero decir, que estén los deseos y pensamientos tan á una, que ninguno se aparte de Dios. Y así, aquel *in uno* significa la unidad, así de los ojos como de los cabellos. ¡Oh bienaventurada el alma que así mereció herir y penetrar con piadosos afectos el corazón amoroso del dulcísimo Jesús! Por cierto, Dios mío, agudísimo y violentísimo es aquel mirar de la esposa que, morando en casa de barro, basta para aficionar vuestra voluntad y mover vuestro afecto. Grande y violenta es la fuerza de la

(1) *Oculus iste est affectus penetrans usque ad profundum, crinis vero est elevatio mentalium considerationum.*—Bonavent.

caridad, pues llega hasta el corazón de Dios, y le penetra y traspasa como una saeta. ¿Qué maravilla es que el Reino de los Cielos padezca fuerza, pues el mismo Señor de los Cielos sufre y padece llagas y heridas de amor violento?

Peró pensemos, dice Gil, abad, el con qué es herido el Señor: *En uno de tus ojos y en uno de tus cabellos*. Esposa bienaventurada, alma dichosa, no perdones, ni dejes de acometer ni herir al Esposo con tales armas; usa de muchos afectos, para que muchas veces se confiese herido; no quieras ser remisa en esto, ni te contentes con herir una vez al Querido, sino añade heridas sobre heridas, hasta hacerle piezas su corazón. Dichosa serás si tus saetas estuvieren siempre fijas en Cristo, si tus amores militan en Cristo, y más dichosa si el ojo derecho tuvieses enclavado con perseverancia en Cristo. Divina herida, por cierto, de la cual sale virtud divina. Tocó la otra mujer enferma la fimbria y remate de la ropa de Cristo, y salió virtud que la sanó en el cuerpo y en el alma (1): ¿qué mucho que, hiriendo tú su corazón y traspasándole con la saeta del amor, salga de él, no sangre, sino gracia, con que quedes sana, hermosa y rica? No es herida ésta que no se siente; siente el Esposo cualquiera piadoso mirar; por tanto, juega contra Él con las armas del puro afecto; haz cuenta que está puesto por blanco á tus saetas,

(1) Matth., 8.

porque favorablemente recibe tales heridas el que también las sabe hacer. Miró á San Pedro, é hirióle el corazón; salió del palacio, y lloró amargamente su pecado. Al fin, con su piadoso mirar hiere y llaga aquel corazón que, para algún efecto de virtud, le provoca y mueve. Tales heridas multiplique Dios sobre mi corazón, por su infinita bondad y misericordia, y tantas, que desde la planta del pie hasta lo sumo de la cabeza no haya en mí cosa sana; porque aquella es mala sanidad donde el mirar de Jesús amoroso no hace llagas. Y si un mirar provoca otro mirar, si quieres que te mire mírale, y llágale si quieres que te llague. Levanta siempre los ojos al Señor, para que con los guiños y señas de tus ojos se confiese y dé por herido, y con tus cabellos enredado y preso.

Mas débese notar que, así como siendo los ojos muchos, no hiere sino uno, así los cabellos no han de andar esparcidos y sueltos por la cabeza, sino recogidos en uno y echados al cuello, porque de otra manera impedirían el mirar de los ojos. Y si por el ojo que llaga á Dios entendemos el afecto, ¿qué diremos que son los cabellos sino los pensamientos, los cuales no han de ser vagos y varios, sino recogidos y adunados en la Ley de Dios? Como del varón justo dijo el Profeta (1): *En la ley de Dios está su voluntad*, y

(1) In lege Domini fuit voluntas ejus, et in lege ejus meditabitur die ac nocte.—Ps. 1.

en la ley de Él meditará de día y de noche. En el hebreo está: *Beatus vir qui legem Domini deperiet*. Bienaventurado el hombre que se pierde por la Ley de Dios, que enferma amando la Ley de Dios, que con tanto cuidado procura cumplir la Ley de Dios; que, fuera de ella, no se acuerda de cosa del mundo. Es lo mismo que tiene y dice nuestra Vulgata: *In lege Domini voluntas ejus, et in lege meditabitur die ac nocte*: la voluntad y el afecto todo en la Ley de Dios, y los pensamientos también. Cogidos quiere el Esposo los cabellos y echados al cuello, para significar que quiere libre y descubierto el rostro, y el ojo que le ha de mirar y contemplar claro; y porque los cabellos sueltos suelen cubrir y ofender la vista, dice que los quiere cogidos y echados al cuello; es decir, que para especular y contemplar la gloria de Dios ha de tener el alma descubierto el rostro, porque de otra manera no podrá, sin ofensa y estorbo, enderezar el rostro de la contemplación, que principalmente consiste en el amor. No es posible herir al Esposo con el ojo del afecto si los pensamientos andan derramados y sin orden; quiero decir, que para que el alma pueda mirar á Dios sosegada y quieta en la oración, y gozar de él pacíficamente, un solo pensamiento la tiene siempre de ocupar, y éste ha de ser cómo guardará su ley y cumplirá su santísima voluntad.



CAPÍTULO XVIII

Y CUESTIÓN ÚNICA EN QUE SE TRATA SI ES NECESARIO QUE EN ESTA MÍSTICA TEOLOGÍA PRECEDA Ó ACOMPAÑE EL ENTENDIMIENTO AL AFECTO.

EL Seráfico Doctor San Buenaventura, habiendo tratado el modo que se ha de tener para alcanzar la unitiva y mística sabiduría, y de sus calidades, hace una cuestión, á mi parecer importantísima, para que el contemplativo acabe de entender cómo esta ciencia se alcanza más por actos anagógicos, amorosos afectos y extensión de deseos, que no por especulación y delgadeza de entendimiento. Pregúntase, pues, si el ánima, según su afecto, puede aspirar y desear moverse á Dios, sin que preceda ó acompañe el entendimiento entendiendo y meditando. Y parece que siempre es necesario que preceda meditación y conocimiento á la extensión y afectos de amor. Lo primero, por una autoridad del salmista que dice: *En mi medita-*